

## LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.  
 En el materno seno  
 Corrió á ocultar su rostro la doncella.  
 Clavó mi madre en mí sus ojos graves,  
 Y dijo: — Cuando acabes,  
 Si la mereces, Juan, vuelve por ella. —

## LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío  
 Ni el ocio ni el hastío  
 Mitigaron un punto mi ardimiento  
 No tuve un solo instante de desmayo.  
 ¡El rayo, el puro rayo  
 De su amor me encendía el pensamiento!

## LXXXV.

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido  
 Regresé al patrio nido,  
 Como el que nada busca mi desea.  
 A los fugaces últimos reflejos  
 Del sol, y ya no lejos,  
 Alcancé á ver la torre de mi aldea.

## LXXXVI.

Doblada lentamente la campana.  
 Anche franja de grana  
 Teñía el cielo de matices rojos  
 Sepultábase el sol en el ocaso....  
 ¡Ay! yo detuve el paso,  
 Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

## LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita  
 De la Virgen bendita  
 A cuyos muros me llegué temblando,  
 Aguardábame sola y enlutada  
 Mi madre idolatrada,  
 Que se arrojó en mis brazos sollozando.

## LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.  
 — ¡Murió! ¿para qué vivo? —  
 Grité con ansia inacabable y fiera.  
 Mi madre dijo señalando al cielo:  
 — Dios calmará tu duelo.  
 ¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera!

Mayo, 1877.

## MARUJA.

Cerca de un pueblo, en la frondosa orilla  
 de caudaloso río que dilata  
 por ancha vega su raudal de plata,  
 y en medio de la paz franca y sencilla  
 con que nos brinda la apartada aldea,  
 risueño albergue, entre el follaje oscuro  
 de corpulentos árboles, blanquea.

Alta y segura tapia le rodea,  
 que cierra y guarda como fuerte muro  
 el cultivado predio, en que derrama  
 prodigo Dios sus dones paternales.  
 Allí de los naranjos y perales  
 cruje y se dobla la robusta rama  
 bajo el peso del fruto; allí la higuera  
 crece en vigorosa poderío,  
 cuelga la hojosa vid en la colina  
 y el sauce melancólico se inclina  
 sobre las aguas del profundo río  
 Copudos olmos en abierta hilera  
 le dan templada sombra entrelazando  
 su verde y abundosa cabellera.  
 que el viento mueve con susurro blando,  
 y mientras que la joven primavera  
 reparte por doquier hojas y flores,  
 ocultos en los árboles del huerto  
 ofrecen los esquivos ruiseñores  
 el alma triste, arrobador concierto.

En el suave declive de una loma  
 se divisa al través de la espesura,  
 tan blanco, cual la cándida paloma  
 que en medio del vergel repliega el ala,  
 un palacio de esbelta arquitectura.  
 Por la pared el heliotropo escala  
 las altas rejas, esparciendo en torno  
 el aroma purísimo que exhala;  
 no lejos de la puerta de cristales  
 que al vestíbulo da, préstanle adorno  
 rojos tiestos de plantas tropicales,  
 y cubriendo el dintel la ardiente cepa

por las tejidas cañas y varaes  
 que la sostienen, se retuerce y trepa.  
 Un grupo escultural, Venus que abraza  
 á Adonis moribundo, orna la fuente  
 que se destaca en el jardín ameno:  
 cae el claro raudal de taza en taza,  
 dando frescura al perfumado ambiente,  
 hasta el ancho pilón, de peces lleno,  
 y por diversos cauces repartido  
 sigue su curso caprichoso y vago,  
 hasta perderse en trasparente lago  
 de pintorescas márgenes ceñido.  
 Del almo sol el vívido destello,  
 al trapasar el húmedo follaje  
 el manso lago á trechos abrillanta,  
 y airoso cisne de enarcado cuello,  
 esponjando su nítido plumaje  
 por las dormidas aguas se adelanta.  
 — El sosegado albergue, la floresta  
 que la serena atmósfera perfuma,  
 los olmos que convidan á la siesta,  
 el lento río, el lago sin espuma,  
 todo suspende el ánimo y le encanta,  
 hasta la leve y azulada bruma  
 que en las distantes cumbres se levanta.

¿Quién, huyendo los pérfidos consejos  
 de la torpe ambición, que al hombre acosa,  
 en indolente placidez la olvida,  
 y de sus luchas implacables, lejos,  
 en la quietud del campo deleitosa  
 deja correr sus horas sin medida,  
 semejante á la fuente rumorosa  
 que por el césped se desliza oculta?  
 ¿Será alguna conciencia dolorida  
 que los rudos engaños de la vida  
 en calculada oscuridad sepulta?  
 ¡Ah, no por cierto! En tan feliz asilo  
 vive el amor.

Pero el amor tranquilo,  
 santo, inefable, emanación del cielo:  
 no la indócil pasión que se desboca,  
 que nunca sacia su infecundo anhelo  
 y envenena y corrompe cuanto toca.  
 No ciego ardor que retronando pasa



Cediendo á un movimiento repentino,  
 corre á su lado, estática se queda  
 contemplando en silencio á la rapaza,  
 y una caricia cómpasiva enlaza  
 el vil harapo á la opulenta seda.

como por el espacio la tormenta;  
no el fuego voracísimo que abrasa,  
sino la mansa lumbre que calienta.  
¡La lumbre del hogar, siempre bendita!  
—Árbol que brevemente se marchita  
es la vida mortal. Hoja por hoja,  
el huracán del mundo que le agita  
de su rico ornamento le despoja,  
y cuando seco y sin verdor le deja  
la tímida ilusión, que en él habita,  
tiende sus blancas alas, y se aleja.  
¡Feliz, feliz el árbol que á cubierto  
de recios y continuos aquilones,  
vive seguro en escondido huerto,  
y hasta que rinde el natural tributo,  
crece, sin que el furor de las pasiones,  
le arrebaté á destiempo hojas y frutos—  
Mas no sólo el pesar ama el misterio;  
no sólo el corazón que sufre y gime  
romper ansia el fiero cautiverio  
con que la torpe multitud le oprime;  
porque también en su expansión sublime,  
la dicha humana que tan poco dura,  
busca en soledad, olvido y calma,  
y es que en sus horas de mayor ventura,  
tiene tristezas íntimas el alma.

Apartados del fausto cortesano,  
viven allí los condes de Vitoria  
en el reposo, del contento hermano;  
Que Dios, premiando sus virtudes, quiso  
á tanto amor anticipar la gloria  
en aquel envidiable paraíso.  
¡Cuán ricos de color y cuán veloces  
corren para ambos los serenos días,  
sin que su paz altere nube alguna!  
Arranques de pasión, supremos goces,  
recuerdos de placer, tiernas porfías  
que el bullicio del mundo no importuna,  
llenan el raudó curso de sus horas,  
y cien veces, el rayo de la luna,  
sus pláticas de amor encantadoras  
quiebra de pronto el ardoroso trueco  
de ósculos y joviales carcajadas,  
porque aquellas verdes enramadas.

cansado está de repetir el eco.  
 No hay en aquel lugar sitio ni ruta  
 que no guarde en su rústica belleza  
 cuanto le es dable ambicionar á un hombre  
 dulcemente querido; cada gruta  
 un sueño realizado, y la corteza  
 de cada tronco secular, un nombre.  
 El de ella, el de él, que en trazos caprichosos  
 por do quiera que van graban é imprimen,  
 y que imitando brazos amorosos  
 se buscan, y se alcanzan, y se oprimen.

Mediaba á la sazón el mes de Mayo  
 con su tibio calor. Atardecía.  
 El sol poniente con obliquo rayo  
 la copa de los árboles hería,  
 y de sus tintas cárdenas y rojas  
 el trémulo vislumbre relucía  
 entre las tenues y movibles hojas.  
 ¡Con qué hermosa tristeza muere el día!  
 Como el crónico enfermo, que presiente  
 cercano el fin, la luz de la esperanza  
 se dilata más viva y más ardiente,  
 así, á medida que la noche avanza,  
 es el aroma de la flor más suave,  
 más sonoro el murmullo de la fuente  
 y más sentido el cántico del ave.  
 La caricia del céfiro es tan blanda  
 como el beso de un niño, el soberano  
 disco del sol, al tramontar, se agranda  
 palideciendo, el cielo se colora,  
 medita el triste, el corazón cristiano  
 se reconcentra en el misterio, y ora  
 ¡Oh, inescrutable y doloroso arcanol  
 para hacer más sensible la partida,  
 irradia siempre en su postrer instante  
 con su más bello resplandor la vida.

Gozando de la espléndida hermosura  
 de aquel ocaso, la pareja amante  
 por los jardines discurría, en donde  
 aglomeró la conyugal ternura  
 todas las dichas de la tierra.—El conde  
 ya acostumbrado al ocio de la aldea,  
 casi tendido en la mullida alfombra

de césped floreciente, un libro hojea,  
 y á pocos pasos, á la fresca sombra  
 de un gigante almez, nido de amores,  
 desde donde con grata melodía  
 de la postrera claridad del día  
 se despiden los pájaros cantores;  
 escuchando con vago arrobamiento  
 esas confusas voces interiores  
 con que nos adormece el sentimiento,  
 y junto al lago que ondulante brilla  
 del sol á las inciertas llamaradas,  
 su noble esposa está, con la sombrilla  
 trazando en las arenas de la orilla  
 signos, letras y cifras entrelazadas.

Su airoso cuerpo la condesa  
 envuelve en blanco y vaporoso traje;  
 cubre su seno incitador, espesa  
 y nívea malla de preciado encaje  
 de donde arranca alabastrino cuello;  
 el aura leve de la tarde besa  
 una rosa prendida en su cabello  
 que cae en trenzas perfumado y blondo,  
 y en su mirada diáfana y serena  
 su corazón se ve, como en el fondo  
 del limpio lago la menuda arena.

¡Ay! ¿en qué piensa muda y distraída  
 mientras con mano indiferente, raya  
 la húmeda tierra? El sueño de su vida  
 se desliza tranquilo; pero ¿acaso  
 hasta la misma dicha no desmaya  
 en medio del placer? ¿Habrá quien pueda  
 afirmar que en el fondo de su vaso  
 ninguna gota envenenada queda?  
 Dios la colmó de santas alegrías,  
 y con florido vínculo eslabona  
 el casto amor sus apacibles días;  
 no envidia, no aborrece, no ambiciona,  
 y olvidada del mundo, como un preso,  
 en su albergue escondido y solitario  
 es su pura conciencia un santuario,  
 su hogar una ilusión, su vida un beso.  
 Mas ¡ay! que alguna vez, cual fugitiva  
 nube que ofusca al sol, su ánimo embarga

una opresión tan honda como activa,  
y la invade en silencio el ansia amarga  
de un deseo imposible.

De repente  
suspende el conde su lectura, observa  
la abstracción de su esposa, y diligente,  
como quien anda á caza de un descuido,  
llega á su lado.—La esponjosa hierba  
de su ligero paso embota el ruido.—  
—¿Qué tiene su muger? ¿Qué pena grave  
atribula su espíritu? Lo ignora.  
¿No pudiera una cifra delatora  
de aquel enigma descubrir la clave?—  
Pero ¡oh sorpresa! acércase y advierte  
en la arena sutil su nombre escrito,  
y su temor en gozo se convierte,  
mientras ella, arrancada de esta suerte  
á sus vagos ensueños, lanza un grito.  
—¿Sientes placer en asustarme?—Exlama  
de su infundado miedo aún no repuesta  
y con fingida cólera la dama.—

—¡Vaya un gusto!—Perdona si indiscreto  
he querido—su esposo le contesta—  
sorprender tu secreto.—¡Mi secreto!...  
¿Le tengo acaso para tí?—Responde  
la joven más calmada.—Mentiría  
si dijese que no—replica el conde.—  
—y llevo siempre la verdad por guía.  
Como es tan suspicaz nada se esconde  
á los cuidados del amor. ¡Ay Clara!  
Tres años hace ya que al pié del ara  
rendimos la cerviz al santo lazo,  
y ha sido para mí tan corto el plazo  
como si, todo entero, se encerrara  
en el término breve de un abrazo.  
¿Es por ventura extraño, que en tu cara  
descubra tus más íntimos antojos,  
tu inquietud más secreta y contenida,  
si las mejores horas de mi vida  
paso, mi bien, mirándome en tus ojos?—  
Clara escuchaba á su entrañable dueño  
en deleitosa languidez sumida,  
como se escuchan, al través del sueño,

en el hondo silencio de la noche  
las notas de acordada serenata.  
Luego, con són de tiernísimo reproche  
él siguió con ardor: ¿Callas, ingrata?

La condesa mostrábase indecisa;  
Pero venciendo su emoción primera  
prorrumpió al fin en descompuesta risa,  
acaso más nerviosa que sincera,  
y exclamó como en burla:—¡Vaya un tono  
sentimental y trágico! Le excuso  
porque mi propio amor habla en tu abono.  
—¿Tienes celos quizás?—No sé—repuso  
animándose el conde.—¿Por qué á veces  
cual si cediera el corazón sumiso  
al ansia ineludible de un deseo  
que no logras vencer, cuando pareces  
más feliz y contenta, de improviso  
la frente inclinas y en tus ojos veo  
cuajada alguna lágrima indiscreta?  
¿Por qué esa agitación latente y sorda,  
cuyo origen no sé, que no respeta  
ni la plácida paz de este retiro,  
y que á menudo, á tu pesar, desborda,  
arrancando á tus penas un suspiro,  
como un sollozo, acusador?—El hecho  
se niega á mi razón, y temo y dudo...  
¡Ay, ya no puedo más! Rómpase el nudo  
que ata mi lengua y me comprime el pecho,  
¿Por qué callas, por qué?—

Casi ceñudo,  
elevando su mirada escrutadora  
en los ojos de Clara que confusa  
soportaba el agravio de la queja,  
la respuesta esperó; pues ¿quién rehusa  
fácil alivio al corazón que implora  
cuando puede mandar? Quedó perpleja  
breves instantes, ruboroso fuego  
tiño su faz, y palpité en sus labios  
talvez su confesión, tal vez un ruego  
que espiró sin nacer. Pero de sabios  
es mudar de opinión. Dominó luego  
el generoso impulso que sentía  
y prorrumpió, mostrándose enojada:  
—Pesado estás, Enrique. ¿Hay tal manfa?  
Ni sé, ni oculto, ni sucede nada.—